

Pancho Villa y la Revolución mexicana

FRIEDRICH KATZ

Pedimos a Friedrich Katz, maestro de Historia de América Latina en la Universidad de Chicago, adelantar algunos de los temas de su próximo libro sobre la actuación de Pancho Villa en la Revolución mexicana.

Friedrich Katz nació en Viena, donde realizó sus estudios universitarios, y vivió muchos años en México. Enseñó Historia de América Latina en la Humboldt Universität de Berlín e impartió cursos y dirigió seminarios en otras universidades de México y Estados Unidos. Publicó un trabajo sobre la estructura socioeconómica de la civilización azteca y un volumen sobre las civilizaciones precolombinas (traducido por Murcia en 1985), pero sus principales trabajos de investigación se concentraron en el México contemporáneo: *Deutschland, Diaz und die Mexikanische Revolution, Die deutsche Politik in Mexiko, 1870-1920*, Berlín, 1964; *The Secret War in Mexico. Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, 1981. Publicó también numerosos ensayos en revistas especializadas, sobre todo estadounidenses y alemanas, además de cuidar algunas recopilaciones de testimonios del período de la Revolución mexicana y del inmediatamente precedente.

Después de un paciente trabajo de búsqueda, que duró años, en numerosos archivos públicos y privados, tanto estadounidenses como mexicanos, Katz está completando una biografía de Pancho Villa, una de las figuras más controvertidas del México revolucionario.

La siguiente entrevista fue realizada por Manuel Plana, profesor de Historia Latinoamericana en la Universidad de Florencia, y que originalmente apareció en el número 14/15 de la revista *Passato e Presente* en 1987.

PREGUNTA: Al hablar de la Revolución mexicana es necesario hacer una distinción preliminar entre la revolución, como problema histórico, y el uso político-ideológico de la revolución vista como un programa reformador por aplicarse en el tiempo, que ha actuado largamente como mecanismo de legitimación del sistema político surgido en los años treinta y que sigue en vigor hasta la fecha. ¿Cuáles fueron los principales antecedentes de esta dimensión político-ideológica de la investigación histórica en la discusión historiográfica?

RESPUESTA: Desde 1914, cada gobierno mexicano se ha presentado como el heredero legítimo de la revolución y, en consecuencia, la historia de la Revolución mexicana se ha convertido en buena medida en parte de

la ideología oficial, en tanto que los gobiernos han invertido enormes cantidades de dinero y comisionado a ideólogos oficiales para que escriban la historia. Al mismo tiempo, la historiografía de la Revolución mexicana ha sufrido vicisitudes parecidas a las vividas en Francia por la historiografía de la Revolución francesa: cada facción política en el país tuvo su propia interpretación y su propia historia de la revolución, y a menudo, bajo la forma de disputas históricas, se iniciaron conflictos políticos.

Hacia finales de los años cuarenta, tanto la enorme importancia concedida a la historia de la revolución (por formaciones políticas oficiales y por grupos no oficiales), como el gran interés en ella, que existía entre la población mexicana, contrastaban fuertemente con el número bastante restringido de historiadores profesionales en México, así como con la cerrazón de algunas de las principales fuentes de la historia de la revolución en México. Hacia finales de los años cuarenta, a los historiadores y sobre todo a los profesores universitarios se les pagaba generalmente salarios irrisorios. En consecuencia, las únicas que podían enfrentar la tarea de escribir la historia eran personas ricas, a menudo descendientes de la vieja aristocracia porfiriana, o bien las pocas personas que habían recibido el encargo por parte del gobierno, o bien los intelectuales radicales que debían combinar la investigación histórica con la necesidad de ganarse la vida. Por lo tanto, la mayor parte de estos historiadores radicales eran maestros que se dedicaban a la enseñanza, o directamente empleados del gobierno que se dedicaban a la historia sólo de una manera marginal.

Paralelamente, había muy pocas fuentes históricas mexicanas disponibles para los investigadores. Muchos de los protagonistas de la revolución estaban todavía vivos y se mostraban renuentes a mostrar sus papeles a cualquiera. Durante mucho tiempo, incluso el gobierno vaciló en facilitar los documentos oficiales a la libre investigación. Esto se debía, en parte, al simple hecho de que había muy pocos archivistas profesionales en México y a que el gobierno consideraba que existían prioridades mucho más importantes que ordenar los archivos. Por otra parte, existía una gran preocupación ante la posibilidad de que los archivos revelaran un curso de los acontecimientos muy distinto al de la ideología oficial.

En fin, existía otro problema, más complejo desde distintos puntos de vista, que ha diferenciado enormemente la historia de la Revolución francesa de, por ejemplo, la de la Revolución mexicana. En el estudio de la Revolución francesa, la mayor parte de los documentos se conservaban en Francia, y eran de preferencia examinados, aunque no exclusivamente, por historiadores franceses. En México, la situación era totalmente distinta. A causa del fuerte interés estadounidense por México, y de la posición del país en la frontera meridional con Estados Unidos, diplomáticos estadounidenses, funcionarios, empresarios, agentes secretos, estaban extraordinariamente interesados en lo que sucedía en México, y existe al respecto una impresionante documentación. Mientras que en teoría todos tenían acceso a estos documentos, en la práctica los historiadores mexicanos, por

distintos motivos, eran escépticos respecto de las investigaciones dirigidas por historiadores estadounidenses. Muchos pensaban incluso que los mismos documentos eran de valor limitado por el hecho de que la mayor parte de los observadores estadounidenses, autores de historias sobre la revolución, estaban contra ella. Además, se tenía la impresión de que, con algunas notables excepciones (como Frank Tannenbaum), los historiadores estadounidenses no lograban una comprensión cabal de la Revolución mexicana.

En consecuencia, por largo tiempo se desarrollaron dos tipos muy diferentes de historia de la Revolución mexicana: una historiografía mexicana basada en documentación muy pobre, pero con amplias interpretaciones que a menudo correspondían más a las realidades políticas que a los hechos históricos. Por otra parte, existía una historiografía estadounidense basada casi únicamente en documentos estadounidenses, generalmente más conservadora y mucho más limitada desde el punto de vista interpretativo.

PREGUNTA: Los últimos veinte años acumularon numerosos estudios de carácter monográfico o local sobre diversos aspectos vinculados con la revolución, que abandonaron la óptica en buena medida agiográfica e incluso acrítica que prevaleció hacia los años sesenta. Sólo en los últimos años se propuso nuevamente con fuerza el problema de dar una interpretación general al fenómeno revolucionario. ¿Qué significado tiene el haber retomado esa discusión?

RESPUESTA: La situación que describí en la respuesta anterior cambió radicalmente en los años cincuenta, y sobre todo en el curso de la década siguiente. Tuvo lugar una serie de nuevas aproximaciones que transformaron completamente la naturaleza y el desarrollo de la historiografía de la Revolución mexicana. Estas aproximaciones fueron tanto políticas como académicas.

Desde un punto de vista político, mientras los gobiernos se movían cada vez más a la derecha, un sector relevante de la intelectualidad mexicana comenzó a manifestar fuertes dudas sobre la ideología oficial y sobre el hecho de que estos gobiernos, cada vez más conservadores, se proclamaran todavía herederos de la revolución. El punto límite de esta evolución lo representó el 68, cuando el gobierno masacró a centenares de estudiantes que protestaban. A diferencia de sus colegas de otros países, los estudiantes mexicanos no pedían una total transformación ideológica de México, pero sí la aplicación de la Constitución revolucionaria de 1917, con sus garantías de libertad de expresión, autonomía de los sindicatos y elecciones libres.

Cuando el gobierno respondió a estas demandas disparando contra los estudiantes, ellos no solamente pusieron en duda que el gobierno fuera el heredero legítimo de la revolución, sino inclusive que la misma revolución pudiera ser definida como tal.

Paralelamente a este cambio profundo en el clima político, la situación académica de México conoció una transformación radical. En los

años cuarenta y cincuenta, el gobierno comenzó a instituir empleos de tiempo completo para profesores de ciencias sociales tanto en la Universidad Nacional como en importantes instituciones de investigación, en particular en El Colegio de México. De ese modo surgió un número relevante de investigadores históricos de tiempo completo, muy competentes, y se inició la dirección de una serie de estudios sobre la Revolución mexicana. Estos investigadores disponían de un número de documentos y de fuentes primarias mexicanas muy superior al de sus predecesores de los años treinta y de principios de los años cuarenta. El gobierno mexicano concedió a los investigadores una mayor facilidad de acceso a esos documentos, al tiempo que los papeles privados de muchos participantes en la revolución se volvían disponibles. Esto se debió en gran medida a la muerte de estos protagonistas y al hecho de que sus herederos permitieron la consulta de los documentos, al venderlos al gobierno mexicano y a las bibliotecas estadounidenses, donde pudieron ser consultados por un público amplio. Con nuevos medios económicos a su disposición, los historiadores mexicanos podían trasladarse a Estados Unidos y utilizar las fuentes sobre la Revolución mexicana que existían allá. Muchos de estos historiadores prefirieron ocuparse en un primer momento, y de un modo más aproximado, de los acontecimientos aislados de la revolución, fundamentando sus conclusiones en fuentes primarias, antes de intentar escribir una investigación general de la historia de la revolución sin una amplia base documental.

En México, estos cambios estuvieron acompañados por un enfoque diferente de muchos historiadores estadounidenses, que en vez de concentrarse en personalidades individuales, como había sucedido anteriormente, se concentraron en la dimensión social, la composición social y los objetivos de los diferentes movimientos revolucionarios. El más significativo entre esos trabajos de los historiadores estadounidenses es *Zapata and the Mexican Revolution*, de John Womack (traducido al italiano *Morire per gli indios. Storia di Emiliano Zapata*, Milán, Mondadori, 1973).

Tal convergencia de intereses políticos, escepticismo en las confrontaciones con la historiografía oficial, disponibilidad de nuevas fuentes, y el surgimiento de historias regionales, desarrolló nuevas y más generales interpretaciones de la revolución, muy diferentes de las generalizaciones escasamente documentadas de los años precedentes. Entre estas historias generales, la que sin duda estuvo destinada a marcar un hito fue *La revolución interrumpida*, de Adolfo Gilly, que tuvo gran éxito y ejerció una fuerte influencia en México. Gilly sostiene que en México tuvieron lugar dos revoluciones: una revolución popular conducida por Zapata y Villa, que fue derrotada, y una revolución burguesa conducida por Carranza, que triunfó. En realidad, Gilly no veía una derrota completa de la revolución sino, por el contrario, consideraba que entre la masa de la población, ésta había producido tal cambio en las conciencias, que las reformas de Cárdenas en los años treinta (luego de que el presidente Lázaro Cárdenas decretó algunas de las mayores transformaciones en la historia de México, como

la gran reforma agraria y la nacionalización de las compañías petroleras y de otras empresas extranjeras) fueron consideradas un resultado de la fase armada de la Revolución mexicana.

Otros historiadores, como Ramón Ruiz, incursionaron por caminos interpretativos muy diferentes. Ruiz se negó a llamar revolución a lo que sucedió en México entre 1910 y 1920, designándola más bien como una rebelión, porque no condujo al tipo de profundas transformaciones económicas y sociales que son características de otras revoluciones del siglo veinte, como la rusa o la cubana.

La nueva investigación primaria sobre una base regional que se llevó a cabo tanto en México como en los Estados Unidos, la puesta en discusión de muchos de los presupuestos de la ideología oficial, tanto de parte de los mexicanos como de los estadounidenses y la disponibilidad de nuevos documentos llevó a dos historiadores europeos, Hans Werner Tobler y Alan Knight, a escribir dos nuevas síntesis de la historia de la revolución. En desacuerdo con Ruiz, estos dos trabajos, fundamentados en una amplia gama de fuentes primarias y secundarias, sostienen que lo que sucedió en México entre 1910 y 1920 se puede definir como una verdadera revolución. Se trató de un movimiento popular que produjo fuertes cambios en el sistema de la propiedad de las tierras y en la estructura del poder en México. Mientras ambos subrayan la importancia de las fuerzas populares, Knight ve la Revolución mexicana esencialmente como un fenómeno ampliamente autónomo y escasamente influido por fuerzas externas. Tobler, por el contrario, mientras subraya la importancia de las fuerzas sociales en México, considera que también los Estados Unidos ejercieron una fuerte influencia sobre la revolución, limitando las posibilidades de elección de los dirigentes revolucionarios.

PREGUNTA: La Revolución mexicana tuvo lugar en un período en el que en el país no habían surgido todavía las organizaciones sindicales ni los partidos políticos modernos. Además, los intelectuales se incorporaron a menudo como consejeros de los jefes revolucionarios, pero sin desempeñar un papel político directivo. ¿Cómo se originan estos aspectos en un proceso revolucionario?

RESPUESTA: Tal y como queda sugerido en la pregunta, una de las características más interesantes de la Revolución mexicana es, en contraste con todas las revoluciones del siglo veinte (Rusia, China, Vietnam, Cuba) que los intelectuales y las organizaciones políticas jugaron en México un papel menor.

La respuesta que algunos historiadores han dado a este problema, es decir, la de que la Revolución mexicana fuera uno de los pocos levantamientos sociales del siglo veinte que se desarrolló antes de la Revolución rusa y por ello no fuera influida por el modelo soviético, me parece muy superficial y limitada. Porque si bien no hay duda de que la Revolución rusa inspiró realmente los movimientos sociales en otros países, el hecho de que la Revolución mexicana haya ocurrido antes no constituye la expli-

cación principal del porqué los intelectuales jugaron un papel secundario en su conducción y no surgió en México ninguna organización social similar a las de los otros países revolucionarios.

Una de las principales diferencias entre la Revolución mexicana y todas las otras revoluciones del siglo veinte es que en todos esos otros movimientos existían tanto un componente urbano como uno rural, por lo que en los distintos casos, el equilibrio entre ciudad y campo fue diferente. Mientras que en Rusia, Petrogrado fue el centro de la revolución, en China fue el campo, pero el movimiento comunista en las áreas rurales fue precedido por la comuna de Cantón y por el fuerte movimiento comunista de Shanghai, y fue después de las derrotas que los comunistas sufrieron en las ciudades que sus mejores miembros se trasladaron al campo para provocar sublevaciones campesinas. La Revolución mexicana, en cambio, fue esencialmente una revolución rural y no urbana. A diferencia de Petrogrado, la ciudad de México no fue sujeto, sino objeto de la revolución.

Se necesitaría un ensayo o tal vez un libro para explicar estas diferencias. Están ciertamente ligadas al hecho de que la dirección de la primera fase "moderada" de la Revolución mexicana estaba en manos de los grandes propietarios terratenientes, que querían mantener el sistema de propiedad y eran adversarios de la dictadura de Porfirio Díaz porque había concedido poder al grupo rival de los magnates de las finanzas y porque no resistía con energía a la penetración de los capitales extranjeros, que habían comenzado a competir con los terratenientes locales. Una vez en el poder, esos terratenientes estaban mucho más dispuestos a hacer concesiones a los trabajadores y a los intelectuales que a los campesinos. A los trabajadores, que bajo la dictadura de Díaz no podían formar sindicatos y cuyas huelgas habían sido reprimidas con masacres, no sólo les fue concedido el derecho de huelga, sino también el de agruparse en sindicatos, a fin de arrancar importantes reivindicaciones a sus patrones. A los intelectuales se les concedió la libertad en dosis muy superiores a las conocidas bajo la dictadura, y puesto que las elecciones fueron más honestas en aquel período, muchos de estos intelectuales lograron posiciones influyentes a nivel local, regional e incluso en el gobierno nacional.

Para la burguesía revolucionaria mexicana, que tenía sus bases en la tierra, era mucho más fácil hacer concesiones a los trabajadores y a los intelectuales que a los campesinos. Por último, una gran parte, probablemente mayoritaria, de los trabajadores industriales trabajaba para empresas extranjeras, adonde, finalmente, se harían sentir las consecuencias del costo de los nuevos derechos concedidos a los trabajadores. Una reforma agraria radical hubiera sido infinitamente más dañina para la burguesía agraria revolucionaria, porque hubiera destruido las bases económicas y sociales de su poder. Por ello, no hay por qué asombrarse de que, cuando los campesinos, desilusionados, se levantaron en armas en 1912 bajo la guía de Emiliano Zapata contra el gobierno de los terratenientes "revolucionarios", no encontraron ningún apoyo entre las masas de trabajadores de

las ciudades y entre la mayoría de los intelectuales. Esta fractura entre ciudad y campo constituye una explicación del porqué las organizaciones políticas que tienen su origen en las ciudades, como los modernos partidos políticos, no se expandieron en el campo. En muchos aspectos, el movimiento campesino mexicano se parece más a los movimientos campesinos de la Alemania medieval que a los que tuvieron lugar en el siglo veinte en los países asiáticos. Esto no significa que los intelectuales o los obreros no participaran en la revolución; lo hicieron, pero desde una posición secundaria y, en el caso de algunos trabajadores, incluso en oposición a los campesinos.

Esta actuación limitada de los intelectuales en la revolución no se debe solamente a la ausencia de levantamientos en las ciudades, sino también a una tradición en la que el papel de los intelectuales era muy diferente en México al desempeñado en los países europeos modernos. Después de la derrota de México en la guerra con los Estados Unidos en 1847, que costó al país la mitad de su territorio —Texas, Arizona, Nuevo México y California— surgió un nuevo movimiento liberal guiado por intelectuales como Benito Juárez y Melchor Ocampo, que estaban firmemente convencidos de que la única forma de fortalecer a México y ponerlo a salvo de las conquistas de potencias extranjeras, las cuales lo habrían hecho desaparecer como nación independiente, era su rápida modernización. A los ojos de estos intelectuales, modernización significaba antes que nada la eliminación de la Iglesia como una de las mayores fuerzas económicas, por ejemplo con la expropiación y la venta de sus tierras a los pequeños y modernos terratenientes. A los ojos de los intelectuales liberales, el surgimiento de una clase agraria intermedia habría ayudado a México a desarrollarse rápidamente como los Estados Unidos. A su modo de ver, el segundo gran obstáculo para la modernización de México eran las comunidades indígenas, cuyas arcaicas estructuras económicas eran señaladas como impedimentos para el surgimiento de una moderna economía de mercado. Por ello, los liberales propusieron leyes para la expropiación tanto de las tierras de la Iglesia como de los pequeños poblados, con el resultado de que obtuvieron, más que las simpatías de los campesinos, las de muchos terratenientes que esperaban aprovechar tales expropiaciones. Esto creó una profunda fisura entre campesinos e intelectuales, acrecentada por las diferencias étnicas. Porque si bien muchos campesinos eran indios, los intelectuales eran blancos o mestizos. Estos habitantes de las ciudades eran extremadamente temerosos de los levantamientos indígenas, como en el caso de la guerra de castas de Yucatán en 1847-48, cuando las poblaciones mayas se sublevaron y casi lograron asesinar o expulsar de la península a todos los no indios. Cuando Emiliano Zapata apareció en el horizonte, los diarios conservadores mexicanos, mediante una hábil manipulación, alarmaron no sólo a las clases altas de la sociedad urbana sino también a las medias y bajas pintando a Zapata como el Atila del sur, cuyas hordas indígenas habrían masacrado a todos los no indios si hubiesen conquistado la ciudad de México.

Una tercera diferencia entre la Revolución mexicana y las otras revoluciones del siglo veinte es que prácticamente en todos los otros países en los que tuvo lugar una revolución, el levantamiento social interno fue seguido por una guerra internacional. Los revolucionarios rusos combatieron la intervención militar de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos; los comunistas chinos combatieron contra los japoneses; los revolucionarios vietnamitas lucharon contra los franceses y estadounidenses; Cuba enfrentó una situación casi de guerra con Estados Unidos y Nicaragua está todavía combatiendo a los *contras* fomentados por Estados Unidos. En una situación como ésta, los intelectuales pueden jugar un papel relevante como símbolo de la resistencia nacional y como hombres que pueden, mejor que otros, organizar a la nación para resistir las invasiones extranjeras. Aun cuando Woodrow Wilson intervino dos veces en México, primero ocupando el puerto de Veracruz y después enviando una expedición militar para perseguir a Pancho Villa en el estado de Chihuahua, estas intervenciones fueron de pequeña envergadura, limitadas en sus objetivos, y no condujeron jamás a una guerra formal entre México y Estados Unidos. Antes de que una guerra de estas características pudiese ocurrir, Wilson retiró sus tropas de México, porque quería tener las manos libres para intervenir en la guerra que había estallado en Europa.

PREGUNTA: Entre los principales protagonistas del período revolucionario, un jefe popular como Pancho Villa es todavía la figura más controvertida en el sentido de que entonces fue exaltado/vituperado, hasta dar lugar a una abundante bibliografía que en buena medida ha perpetuado este desequilibrio de juicios. ¿Cuáles son las razones de estos juicios contrastantes?

RESPUESTA: Las posiciones tan contradictorias que existen en torno a Villa no tienen una sola causa, sino una serie de motivos muy diferentes. El primero y más simple de explicar es que en general son los vencedores los que escriben la historia; y en la guerra civil de 1914-1915, Villa fue derrotado, mientras que Carranza y Obregón vencieron. En consecuencia, en tanto la generación que derrotó a Villa detentó el poder, al menos hasta los años treinta, Villa fue pintado como un bandido y como un contrarrevolucionario en las publicaciones mexicanas de carácter oficial. Lo mismo vale para muchas de las publicaciones no oficiales, por el hecho de que la mayor parte de los historiadores mexicanos de los años treinta, cuarenta y aun de los primeros años cincuenta, a menudo eran hombres ricos o altos funcionarios del gobierno; ya que el número de profesores y alumnos de ciencias sociales de tiempo completo con posibilidades de mantenerse con sus salarios académicos era prácticamente nulo.

Una segunda causa de las posiciones contrarias en torno a Villa es la dificultad para encasillarlo. No podía ser definido ni como burgués revolucionario ni como campesino revolucionario ni como trabajador revolucionario. Alrededor del movimiento de Villa se manifestó una serie de contradicciones que sería muy difícil definir. Provenía de las clases sociales

más bajas, la de los jornaleros o peones, pero no mostró jamás ningún interés por este grupo social. Había sido un bandido antes de la revolución; sin embargo, su ejército era el más disciplinado dentro de las fuerzas en lucha en México, y Villa se preocupaba de que sus tropas no efectuasen saqueos durante las ocupaciones en las áreas urbanas. Invocaba una reforma agraria radical, pero no repartió muchas tierras entre los campesinos. En muy poco tiempo se convirtió, del más fiel aliado de los Estados Unidos, en su enemigo más implacable. Además, Villa no dejó ningún archivo, y su movimiento no produjo documentos como el Plan de Ayala en el caso de Zapata, o la Constitución de 1917, redactada por los partidarios de Carranza y Obregón, elementos que ayudaron a definir a estos dirigentes desde un punto de vista ideológico.

Pero tal vez el mayor obstáculo para una evaluación objetiva de Villa sea la leyenda creada a su alrededor. Esta leyenda ya existía durante su vida y se desarrolló o creció de modo impresionante después de su muerte. Lo que complica el problema es que tenemos que vérnoslas no con una, sino con muchas leyendas: la del gobierno oficial, la que se refleja en las canciones populares —los corridos— y las diversas leyendas hollywoodenses que encontraron su expresión en el gran número de películas que se hizo sobre Villa.

En fin, el grupo social que se reunió en torno a Villa no era homogéneo, sino extremadamente heterogéneo, hecho que vuelve su análisis todavía más complicado.

PREGUNTA: En la historiografía se advertía desde hace tiempo la necesidad urgente de disponer de una biografía de Villa que hiciese justicia a algunos estereotipos y que fuese al mismo tiempo una historia política y social del vasto movimiento del “villismo” en el norte del país. ¿Cuáles son las motivaciones que te indujeron a emprender semejante trabajo?

RESPUESTA: Lo que me interesó de Villa inicialmente fue precisamente las complicaciones que presentaban tanto su personalidad como su movimiento. Cuando me adentré más profundamente en el asunto, quedé fascinado por nuevas preguntas: ¿cómo podía un peón semianalfabeta y un bandido como Pancho Villa conseguir la organización de un ejército de treinta mil hombres, administrar uno de los estados más vastos y evolucionados de México, como lo era Chihuahua, y obtener paralelamente una enorme popularidad en México y, al menos en los años 1913-14, un fuerte respeto en los vecinos Estados Unidos?

Desde el momento en que el movimiento de Villa se había desarrollado en la frontera de uno de los países industrialmente más avanzados del mundo, Estados Unidos, la influencia que este país ejerció sobre el movimiento de Villa y, por otro lado, su impacto sobre los Estados Unidos, fueron temas que terminaron por interesarme cada vez más. Además, me daba cuenta de que por primera vez estaban disponibles documentos confiables sobre el movimiento de Villa y sobre él mismo; lo que me permitía escribir una historia del movimiento basada en documentos escritos, y no

sólo en leyendas creadas sobre él y sobre recuerdos de las personas que trabajaron y vivieron junto a él.

PREGUNTA: En tus trabajos has señalado que en el interior de la Revolución mexicana ocurrieron varias revoluciones, tanto desde el punto de vista territorial, dadas las diferentes características de la estructura económica y social de las diversas regiones del país, como desde el punto de vista de los distintos contenidos sociales que los diversos grupos dieron a sus programas, y en especial respecto de la forma de concebir la reforma agraria. ¿Cuáles son, en este sentido, los rasgos característicos del "vilismo"?

RESPUESTA: El estado de Chihuahua y el estado de Durango, que constituían el centro del ejército revolucionario de Villa, tenían características particulares respecto de otras áreas de México. Los campesinos eran distintos de los de la mayor parte de las otras regiones, porque estaban representados por los descendientes de los habitantes de las colonias militares de la frontera. A estos colonos les fueron distribuidas las tierras por las autoridades coloniales españolas en el siglo XVIII, para frenar los continuos ataques de los indios apaches. Con el fin de atraer habitantes a una región que era extremadamente peligrosa y muy lejana de las grandes y seguras ciudades del México central, el gobierno colonial concedió a estas colonias militares grandes extensiones de tierra, la exención de los impuestos por diez años y, después de este período, tasaciones muy reducidas y plenos derechos de ciudadanía que muchos campesinos indígenas del México central no obtuvieron jamás. Durante buena parte del siglo XIX, después de la Independencia, estos privilegios no fueron cancelados; por el contrario, aumentaron por el hecho de que las guerras con los apaches adquirieron una ferocidad desconocida durante el dominio colonial de España. Esta nueva ferocidad se debía a que, por una parte, los apaches habían sido arrojados hacia el oeste y hacia el sur de las posesiones estadounidenses y, por otra, a que los apaches comprendían que era mucho más fácil atacar las posesiones escasamente pobladas y al débil Estado mexicano, que incursionar en el interior de los Estados Unidos. Estos ataques apaches hicieron más necesaria, para los estados del norte de México, la ayuda de las colonias militares; y esto no sólo aseguró el respeto de los derechos adquiridos sobre las tierras por parte de esta gente, sino que permitió el asentamiento de nuevas colonias militares en los años sesenta y setenta en el norte, y sobre todo en el estado de Chihuahua. Estos asentamientos recibían notables beneficios no sólo del Estado mexicano, sino también de los hacendados, terratenientes cercanos que necesitaban de la fuerza militar de estos colonos.

En 1885 se vivió una época turbulenta. En ese año, el más significativo de los grupos bélicos apaches fue derrotado y de este modo se puso prácticamente fin a los ataques indios desde el norte y, paralelamente, se inauguró la primera línea ferroviaria que unía al México central con el suroeste de los Estados Unidos y que corría a través de Chihuahua. En con-

secuencia, el valor de las tierras subió hasta las estrellas. La convergencia de estos dos factores —el aumento en el valor de las tierras y la considerable disminución del peligro de ataques indios— convenció tanto al Estado mexicano como a los grandes hacendados de prescindir de las colonias militares. Por este motivo, una gran parte de sus tierras fue expropiada y perdieron incluso la autonomía municipal que habían detentado por largo tiempo.

La existencia de estos colonos de origen militar, con su larga experiencia de lucha contra una de las tribus indias más hábiles y combativas, y el hecho de que muchos de ellos estuvieran armados, contribuyó a constituir una fuerza extraordinariamente eficiente y preparada para la guerra. Además, la vecindad con los Estados Unidos ofrecía a los revolucionarios la posibilidad de adquirir armas más allá de las fronteras y también, en los momentos críticos, de encontrar refugio en los territorios del norte de México.

Una tercera característica de los revolucionarios del norte era su heterogeneidad social. Además de los colonos, una buena parte de la División del Norte de Villa estaba integrada por peones, pastores, mineros, desocupados (una gran crisis económica había golpeado Chihuahua entre 1908 y 1910), junto con miembros de los grupos de marginados que se habían dispersado a lo largo de la frontera con los Estados Unidos. El radicalismo de estos hombres se había acrecentado debido a que, a diferencia de lo que ocurrió en los estados vecinos de Sonora y Coahuila, donde los hacendados disidentes habían tomado el control de la revolución —lo que había prevenido la demanda de profundas reformas sociales—, el movimiento revolucionario de Chihuahua, desde el inicio de la revolución de 1910, no contaba con miembros de las clases altas. Esto se debía al hecho de que un clan familiar extremadamente poderoso, el grupo Terrazas-Creel, detentaba el monopolio del poder político y económico en el estado de Chihuahua. Éste había absorbido y destruido a todos los grupos rivales en la región; y la oposición, en sus enfrentamientos, había llegado a un punto muerto entre las fuerzas sociales con intereses incluso divergentes.

PREGUNTA: Por lo que respecta a la creación de los ejércitos revolucionarios, aun cuando se mantenía viva la esperanza de la redención social, surgieron varios problemas: desde las formas de reclutamiento hasta el abastecimiento militar, así como en la propia estructura interna. ¿Cómo se presentaron estos diversos aspectos en el caso específico de la División del Norte creada por Villa?

RESPUESTA: La organización, la composición social y la ideología de la División del Norte revolucionaria son todavía un problema fuertemente debatido. Uno de los caminos más seguros para comprender la complejidad del ejército de Villa es compararlo con el ejército federal y con los otros dos ejércitos revolucionarios que se constituyeron en México.

El ejército federal era esencialmente un ejército de conscriptos. No se trataba de hombres requeridos por uno o dos años, sino de personas obli-

gadas a enrolarse por crímenes reales o presuntos, o simplemente porque no eran gratos al jefe político, el prefecto distrital. Muchos de estos soldados tenían un escaso espíritu combativo y muy a menudo se veían obligados a combatir. Muchos oficiales federales eran ancianos veteranos de la guerra contra los franceses de los años sesenta, que habían sido cercanos a Porfirio Díaz y en cuya fidelidad creía incluso el presidente contrarrevolucionario *ad interim* Huerta.

El ejército revolucionario de Zapata estaba integrado por campesinos que combatían para reconquistar las tierras que les habían sido arrebatadas por los terratenientes del lugar, en el estado de Morelos, y en seguida para defender estas tierras recuperadas de los ataques del gobierno federal. La consecuencia del carácter campesino del ejército de Zapata era que sus integrantes luchaban con gran eficacia cuando debían combatir cerca de sus lugares de origen, pero se negaban a dejar su estado de Morelos y las áreas próximas a sus comunidades. Por ello, eran óptimos guerrilleros cuando defendían sus poblados, pero eran prácticamente incapaces de emprender acciones ofensivas fuera de los confines de su estado de origen.

El ejército que había sido reclutado para combatir en el México occidental, en Sonora, en la mayor parte de los casos (con la significativa excepción de los indios yaquí que luchaban para recuperar sus tierras expropiadas), no estaba compuesto por campesinos cuyas tierras les hubieran sido arrebatadas por los grandes terratenientes. Muchos de los soldados revolucionarios de Sonora se habían enrolado en las tropas locales antes de que se iniciara, en 1913, la segunda fase de la revolución y se habían transformado en soldados bien preparados y bien pagados. A ellos se habían agregado mineros desocupados, aventureros que preferían la vida militar a su trabajo en los campos o en las minas, y algún miembro de las familias campesinas exasperadas por los edictos de Díaz o de sus representantes periféricos en Sonora, que les habían suprimido la tradicional autonomía municipal. Puesto que este ejército estaba bien pagado y compuesto por profesionales, no tenía problema en combatir fuera de la propia región.

El ejército de Villa constituye una suerte de compromiso entre estos dos extremos. Como los otros ejércitos revolucionarios, éste estaba integrado, hasta fines de 1915, principalmente por voluntarios y no por hombres que hayan sido requeridos. Esto daba a los ejércitos revolucionarios una gran superioridad en los enfrentamientos con los soldados de la administración de Huerta, exasperados y obligados a enrolarse. La División del Norte estaba integrada por miembros de las colonias militares, a los que Villa había prometido no sólo el regreso a las tierras de origen, sino también la concesión de nuevas tierras que se repartirían entre los soldados de la revolución una vez que ésta hubiese triunfado. Aquellos que se habían enrolado en el ejército no eran, en general, los campesinos que trabajaban sus propias tierras, sino los miembros más jóvenes de las familias, que no poseían tierras y esperaban obtenerlas uniéndose a la revolución.

Además, a consecuencia de la disminución de los grandes rebaños utilizados por Villa como pago por las armas estadounidenses, muchos pastores se quedaron sin trabajo y entraron en el ejército para sobrevivir. Lo mismo fue válido para muchos obreros, especialmente para los mineros de las minas que habían sido cerradas.

La estructura interna del ejército no parece haber sido siempre la misma. Al principio estaba integrada por voluntarios de la ciudad y los poblados que elegían a sus jefes, los cuales, unidos a Villa, eran reconocidos como oficiales según el número de hombres que habían reclutado para el ejército. Muchos oficiales y soldados estaban unidos por vínculos de sangre o compadrazgo. Los soldados tendían a obedecer a sus jefes locales más que a los nacionales y a menudo llevaban consigo a sus propias mujeres y novias para que los procuraran en caso de enfermedad o heridas, o para buscar comida, cuando y donde pudieran. Cuando trató de organizar esta heterogénea unión de fuerzas locales, muchas de las cuales eran campesinas, en una sola fuerza efectiva de combate, Villa se encontró frente a tremendas dificultades: ¿cómo convencer a los campesinos de combatir fuera de sus comunidades, e incluso fuera de los límites de Chihuahua, para ir hacia el sur, hacia la ciudad de México? ¿Cómo controlar efectivamente a estos oficiales elegidos por sus paisanos y contrarrestar su enorme fuerza sobre los hombres? ¿Cómo abastecer a sus hombres de armas, municiones, uniformes, etcétera? ¿Cómo adiestrarlos para ser verdaderos soldados?

Convencer a muchos campesinos de avanzar hacia el sur y dejar sus lugares de origen fue, en muchos aspectos, el problema menor. Villa prometió pública y enfáticamente a cada veterano revolucionario tierras propias, y paralelamente prometió restituir las tierras expropiadas a los poblados. Villa pagó a sus tropas regularmente y permitió, a quien dejaba a la familia en el norte, proveerla. Además, la leyenda de Villa, el aire de invencibilidad que lo rodeaba, ejercía una fuertísima atracción sobre las poblaciones del México septentrional.

Transformar su ejército de una suerte de migración popular acompañada con mujeres y niños, en una fuerza militar eficiente, era mucho más difícil, y a pesar de sus esfuerzos, Villa nunca lo consiguió completamente. Lo que lo ayudó a organizar una fuerza extraordinariamente eficaz, pero también a tener hombres cuya lealtad se debía en primer lugar a su persona, fue la constitución de los *dorados*, así llamados por el color amarillo de sus uniformes: una unidad selecta que respondía directamente a Villa, con buenos caballos y muy bien armada, a las que no seguía ningún grupo de mujeres.

Además, Villa aumentó su autoridad sobre el ejército controlando gran parte de los recursos, sobre todo las grandes haciendas o propiedades de Chihuahua, y utilizando sus productos para armar y vestir a sus hombres. Esto reforzó fuertemente su autoridad. Y aunque reemplazó sólo rara vez a los comandantes locales que habían sido elegidos por sus hombres, cuan-

do estos jefes locales morían o regresaban a su casa, Villa los sustituía con oficiales fieles a él.

Si muchos soldados lucharon por la tierra, otros lo hicieron para sobrevivir, porque Villa ofrecía buenas pagas y la certeza de la victoria. Desde este punto de vista, Villa representó una suerte de compromiso entre el ejército de puros campesinos de Zapata y las fuerzas combatientes profesionales del estado occidental de Sonora.

PREGUNTA: ¿Cuáles fueron las características de la administración villista en el estado de Chihuahua y en los territorios limítrofes sometidos al control de Villa? El problema de las relaciones con Estados Unidos parece por muchas razones determinante para comprender la evolución de los acontecimientos en el norte. ¿Cómo concebía Villa sus propias relaciones con los Estados Unidos y qué peso tuvieron para determinar la ruptura de 1915 entre Villa y Carranza?

RESPUESTA: El camino más importante y revelador para penetrar en el movimiento de Villa es observar lo que sucede en las regiones que éste controló por un lapso significativo de tiempo; como, por ejemplo, el estado de Chihuahua, donde Villa ejerció un poder absoluto desde septiembre de 1913 hasta diciembre de 1915.

La primera medida tomada por Villa fue la de expropiar las propiedades agrarias y urbanas a la oligarquía que hasta entonces había gobernado Chihuahua. A diferencia del camino seguido por Zapata en el sur, Villa no repartió las tierras de las grandes propiedades entre los campesinos, sino que prefirió hacerlas administrar por el estado o por algunos de sus comandantes militares. Los productos de estas tierras fueron utilizados o bien para pagar los gastos del ejército, o para abastecer a las ciudades con alimentos a bajo precio. En las ciudades de Chihuahua, por ejemplo, la carne proveniente de las grandes propiedades de los Terrazas era vendida a precios extremadamente bajos a las masas populares.

Existen razones significativas para explicar las políticas divergentes de Villa y Zapata. Para Zapata no habría tenido ninguna utilidad hacer producir azúcar a las haciendas bajo el control estatal. No habría podido hacer nada con el azúcar producida, porque no tenía ningún vínculo con Estados Unidos ni con ningún puerto del cual hacer partir el azúcar de las sociedades confiscadas. Por el contrario, Villa, desde el momento en que Chihuahua y las otras regiones bajo su control se encontraban a lo largo de la frontera con Estados Unidos, podía vender las bestias, el algodón y los demás productos de las grandes haciendas a los estadounidenses, y a cambio podía comprar armas, municiones y uniformes en Estados Unidos. Esto le dio la posibilidad de organizar la División del Norte de acuerdo con criterios de eficiencia bélica. Prometió a sus soldados que después de la victoria de la revolución, las tierras que habían sido expropiadas a los poblados serían restituidas y el resto de la tierra sería repartido entre los soldados. Mientras tanto, las grandes propiedades ya eran gobernadas o por administradores nombrados por Villa o por sus jefes militares. Fueron

confiscadas solamente las haciendas de propiedad mexicana. Las propiedades de todos los extranjeros, muchos de los cuales eran estadounidenses, fueron respetadas porque Villa no quería un enfrentamiento con Estados Unidos, que habría provocado la interrupción del flujo de armas de la frontera norte.

Los resultados de estas medidas fueron contradictorios: por una parte, permitieron a Villa transformar su ejército campesino en una fuerza regular, extraordinariamente eficaz y equipada con las armas más modernas. Otra consecuencia importante fue que el aplazamiento de la reforma agraria significó un incentivo para los campesinos a unirse al ejército de Villa. Si Villa hubiese distribuido inmediatamente las tierras, los beneficiarios hubiesen manifestado la tendencia a quedarse en casa y luchar solamente cuando la posesión de las tierras que habían obtenido se hubiese visto amenazada.

Por otra parte, sin embargo, las medidas tomadas por Villa crearon una suerte de nueva burguesía formada por los administradores de las haciendas, muchos de los cuales eran altos oficiales militares, que a menudo perdían interés por la reforma agraria y esperaban conservar en sus propias manos estas propiedades. Ellos se convirtieron en el alma de un ala conservadora del movimiento de Villa.

El aplazamiento de la reforma agraria por parte de Villa creó también descontento entre los campesinos. Esto fue menos evidente en Chihuahua, donde los ex-colonos militares habían crecido en la tradición de que la tierra era otorgada por el servicio prestado, era fruto del servicio militar, y estaban dispuestos a esperar que todos los enemigos fueran vencidos para entonces reclamar la tierra. En otras partes de México, especialmente en el centro del país, donde no existían tradiciones similares, los campesinos se sintieron traicionados porque Villa no había repartido las propiedades más vastas entre ellos y no había restituido las tierras expropiadas a los poblados, por lo que comenzó a perder apoyo.

Sin embargo, existía un grupo social y económico que apreció las medidas de Villa respecto de las tierras: las grandes compañías estadounidenses que operaban en México. En vista de que las propiedades extranjeras no habían sido expropiadas por Villa, las empresas financieras extranjeras y sobre todo estadounidenses lograron adquirir las haciendas mexicanas a precios ridículos cuando sus propietarios fueron presa del pánico al acercarse el ejército de Villa, ya que esto significaba la confiscación sin indemnización, y prefirieron vender las propiedades a los estadounidenses. Desde el momento en que Villa no quería enemistarse con los Estados Unidos, se vio obligado a respetar estas adquisiciones de los hombres de negocios y terratenientes estadounidenses. Estas confiscaciones favorecieron a los estadounidenses también desde otro punto de vista. Cuando empezó la segunda fase de la Revolución mexicana, por reacción al golpe militar de Huerta, los revolucionarios tuvieron que enfrentar el problema urgente

y difícil de cómo financiar la revolución. Existían en realidad sólo dos recursos para el financiamiento: la oligarquía mexicana o los inversionistas extranjeros. Villa, que quería destruir la estructura de las haciendas, eligió la primera y confiscó las propiedades de la oligarquía mexicana. En consecuencia, al menos durante los primeros meses de su gobierno, esta elección le confirió un capital suficiente para sus necesidades financieras y comprendió que podía evitar la imposición de fuertes contribuciones a los extranjeros desde el momento en que tales contribuciones, y la reacción que habrían suscitado en los Estados Unidos, le impedirían conseguir armas en aquel país. Por el contrario, Carranza, que era un hacendado y un hombre que creía que la hacienda era la mejor forma de propiedad desde un punto de vista económico, no quiso expropiar las propiedades de la oligarquía e intentó financiar su revolución ejerciendo fundamentalmente una presión financiera sobre las propiedades extranjeras.

Se tiene así la paradoja de que las medidas radicales de Villa en materia agraria le ganaron la simpatía no solamente de los radicales estadounidenses, sino también de las empresas financieras estadounidenses de carácter conservador, mientras que las opciones conservadoras de política social de Carranza y su respeto por la oligarquía mexicana crearon una fuerte oposición en su contra entre las empresas estadounidenses, que no estaban dispuestas a pagar los costos de la revolución. Es este contraste, a primera vista sorprendente, entre los caminos elegidos por estos dos hombres, el que llevó al gobierno de Estados Unidos y a las empresas de negocios estadounidenses a favorecer a Villa respecto de Carranza. Los hombres de negocios estadounidenses veían además en Villa una personalidad más fuerte, que podía mantener el control de sus hombres. Su punto de vista, en esencia, era que México no necesitaba una democracia, sino un dictador militar como Porfirio Díaz que gobernara al país con mano dura. Durante un tiempo, Villa, con su imagen tradicional de bandido, pareció el hombre que mejor podía realizar esa tarea.

Para Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William Jennings Bryan, existían también otras razones para apoyar a Villa. Wilson y Bryan consideraban que la única forma de obtener una situación de estabilidad en México y de mantener un sistema de libre empresa era llevar adelante reformas radicales, como la repartición de la propiedad de las tierras entre los campesinos, porque esto habría llevado a la creación de la que ellos esperaban que pudiese ser una clase media agraria, estable y conservadora. Por otra parte, eran absolutamente contrarios a toda confiscación de propiedades de estadounidenses sin que fueran plenamente resarcidos. En otras palabras, Wilson y Bryan estaban buscando un tipo de revolucionario que las diversas administraciones estadounidenses habían esperado constantemente encontrar y nunca habían encontrado en América Latina: revolucionarios que quisieran limitar sus acciones revolucionarias a los ciudadanos de su propio país, dejando a las empresas estadounidenses en su lugar y dispuestos a seguir las indicaciones del gobierno de los Estados Unidos.

Durante los primeros meses de su empresa, Villa pareció encarnar a este tipo de revolucionario latinoamericano.

Durante algunos meses, la administración de Wilson y algunas grandes compañías de negocios estadounidenses, como la American Smelting y la Refining Company, ambas controladas por los Guggenheim, prefirieron a Villa, ya sea porque era mayor el grado de control que tenía en su región respecto de Carranza, o porque ejercía una presión mucho menor sobre las empresas extranjeras. Algunos hombres de negocios estadounidenses esperaban también que Villa dividiese México en norte y sur y creara una suerte de estado independiente del México septentrional que tarde o temprano hubiese caído bajo la protección de los Estados Unidos.

En vista de que Villa no hizo nada de esto y cuando, después de que los recursos provenientes de la confiscación de los bovinos y del algodón estaban por terminarse comenzó a imponer contribuciones a las propiedades estadounidenses, muchos de los entusiasmos americanos comenzaron a desvanecerse. En todo caso, en los primeros seis o siete meses durante los cuales Villa administró el estado de Chihuahua y se perfiló como dirigente nacional, los Estados Unidos lo consideraban su revolucionario preferido y Wilson abolió el embargo que su predecesor Taft había impuesto por la venta de armas a los revolucionarios mexicanos. Por lo tanto, hay que decir que si la administración Wilson y los empresarios estadounidenses tendían a favorecer a Villa respecto de Carranza, no auguraban una victoria completa de ninguna de las dos partes. Lo que querían era una situación de equilibrio y el mantenimiento de dos facciones opuestas, para poder así, enfrentando una con la otra, influir y tal vez controlar la administración mexicana.

Cuando Villa, a fines de 1914, parecía a punto de ocupar todo el país, Estados Unidos, que había invadido Veracruz pocos meses antes, abandonó la ciudad y la dejó en manos de las tropas mexicanas más cercanas, que eran las de Carranza, asegurándoles así la sobrevivencia, porque el control de Veracruz constituía una fuente de entradas muy importante.

Yo creo que sólo después de haber examinado las medidas tomadas por Villa en Chihuahua y sus relaciones con Estados Unidos, es más fácil comprender el problema extremadamente complejo de por qué explotó una nueva guerra civil en México entre partidarios de Villa y de Carranza. Éste es todavía uno de los puntos de discusión más controvertidos y, por cuanto puede serlo esta materia, con más implicaciones emotivas de la historia mexicana. No fue casual, ya que la lucha entre las dos facciones revolucionarias se hizo más costosa, en términos de vidas y bienes, que la guerra entre los revolucionarios y el régimen de Díaz o el régimen contrarrevolucionario de Huerta.

Existen teorías muy diferentes sobre las razones de la ruptura: algunos la ven como un asunto meramente personal entre dos caudillos o jefes rivales, y en lucha por el poder, como había sucedido con sus predecesores en las interminables guerras civiles que afligían no solamente a México

sino a toda América Latina en el siglo diecinueve y en parte del veinte. Otros, que simpatizan con Villa, consideran este enfrentamiento una lucha social en la que Villa representa a los campesinos y Carranza a las fuerzas conservadoras mientras que, por el contrario, los partidarios de Carranza afirman que Villa se había convertido en un reaccionario y que el único modo de asegurar la victoria de la revolución era combatirlo.

En realidad, todos estos factores estaban presentes simultáneamente y uno de los problemas más difíciles que todo historiador que se ocupe de estos conflictos debe enfrentar, es el de definir la importancia relativa de cada uno de ellos.

Actualmente, en muchos países del Tercer Mundo las guerras civiles y los conflictos tienden de alguna manera a ser conflictos regionales o tribales entre regiones y tribus que no se integraron durante el período colonial. Ya que México se volvió independiente en 1821, no podía ser de ningún modo un país integrado y surgió una lucha por el poder entre grupos regionales: Villa representó Chihuahua y Durango, y Carranza y sus fuerzas encontraron apoyo sobre todo en Sonora y Coahuila. Existía un conflicto personal no sólo entre Villa y Carranza, sino también entre la élite de Villa y la de Carranza. Ambas luchaban por el poder a nivel nacional y esta rivalidad se veía ahondada por las diferencias culturales entre los carrancistas, que eran en parte de origen ciudadano, y los villistas casi todos provenientes del campo.

Existía también un componente de clase en esta nueva guerra civil que estalló entre los dos comandantes en 1914: las áreas fundamentales de apoyo a Villa —Chihuahua y Durango— eran también las áreas de los grandes conflictos agrarios. En estos dos estados se concentraban los colonos ex militares que habían perdido gran parte de sus tierras en beneficio de los hacendados. El problema agrario era considerablemente menos agudo en Sonora y Coahuila, centros de apoyo de Carranza. Estas diferencias se reflejaron en las diferentes políticas agrarias de las dos facciones. Mientras que Villa quería conservar las grandes propiedades que había confiscado y prometía que inmediatamente después de la revolución serían repartidas entre los soldados y los campesinos expropiados, Carranza inició la restitución de las propiedades confiscadas a los propietarios originales. En ese sentido, Villa fue radical y Carranza conservador.

En otros aspectos, en cambio, se invierten los papeles. Mientras Carranza fue un nacionalista radical que hizo lo que pudo por debilitar la influencia estadounidense en México, Villa estuvo por un tiempo dispuesto a proceder de común acuerdo con los estadounidenses, en parte porque tenía necesidad de su apoyo, y en parte porque sus partidarios campesinos eran bastante menos nacionalistas y antiestadunidenses que las clases medias urbanas y los obreros. No es casual, por ello, que los obreros, entre Carranza y Villa, hayan preferido al primero y se hayan alineado con él cuando estalló la guerra civil entre las dos facciones.

PREGUNTA: El episodio de la ocupación villista de la ciudad estaduni-

dense de Columbus en 1916 se inserta, como has explicado, en el intento por parte de Villa de poner obstáculos a Carranza en el complejo juego político-diplomático entre los Estados Unidos y los diversos grupos revolucionarios mexicanos. Desde entonces Villa, de jefe revolucionario se convirtió en un simple guerrillero, perdiendo gradualmente adhesiones, canales de abastecimiento y peso político en las fases finales de la revolución. ¿Cuáles son los problemas que presenta esta nueva fase del villismo?

RESPUESTA: En marzo de 1916, Villa, con aproximadamente 500 hombres, atacó Columbus en Nuevo México, asesinó algunos soldados, destruyó varias casas y regresó a territorio mexicano. Pocos días después, una fuerza militar estadounidense de cerca de 10 000 hombres llamada "expedición punitiva", bajo el mando del general Pershing, entró en México a la caza de Villa. Este ataque sigue siendo una de las cuestiones más controvertidas sobre Villa y su movimiento. La polémica se ve acentuada por el hecho de que Villa jamás reivindicó oficialmente el ataque a Columbus y nunca trató de explicar sus causas. Como resultado de ello, surgieron sobre este hecho teorías fuertemente divergentes: la teoría más acreditada es que Villa, ofendido y frustrado por el reconocimiento concedido a Carranza por la administración Wilson en Washington, quiso vengarse de los estadounidenses y al mismo tiempo involucrar a Carranza en una guerra con Estados Unidos que no habría podido vencer. Se ha considerado que Villa actuó por venganza y frecuentemente se afirma que el ataque fue la prueba más evidente de que Villa era un hombre irracional, guiado sólo por sus instintos de venganza y dispuesto a sacrificar a México a este objetivo. Otros sostienen en cambio que Villa, para atacar Columbus, fue pagado por hombres de negocios estadounidenses alineados con posiciones intervencionistas o con los servicios secretos alemanes.

Mi opinión, fundada en las cartas que Villa escribió a Zapata poco antes del ataque a Columbus y en sus discursos pronunciados antes de este ataque, es que Villa estaba convencido de que Carranza había suscrito un pacto secreto con la administración Wilson, para transformar a México en un protectorado de los Estados Unidos. Villa estaba firmemente convencido de que tal acto existía y que sus cláusulas principales consistían en permitir a los Estados Unidos emplazar guarniciones a lo largo de las líneas ferroviarias mexicanas, ocupar el Istmo de Tehuantepec y tener voz en la elección de al menos tres altos dirigentes en el gobierno mexicano: el ministro de Relaciones Exteriores, el de Defensa y el de Economía.

Por lo que puedo suponer, ningún pacto de este tipo fue suscrito entre los Estados Unidos y la administración Carranza, pero Villa tenía razón en creer que existiese tal pacto. Sólo pocos meses antes, un representante del responsable de la sección mexicana del Departamento de Estado, León Cánova, había propuesto, a través de intermediarios, un acuerdo similar a Villa, ofreciéndole el reconocimiento por parte del gobierno de los Estados Unidos sólo si aceptaba. Villa se negó. Y poco tiempo después Carranza obtuvo tal reconocimiento. Lo que Villa no sabía era que Cánova

actuaba de acuerdo con grandes empresas de negocios estadounidenses, pero que su plan no había sido autorizado ni por Woodrow Wilson ni por el secretario de Estado. Pero Villa ignoraba todo esto, y consideró que el motivo principal del reconocimiento estadounidense a Carranza, como único gobernante legítimo de México, en octubre de 1915, había sido la firma de un pacto similar. Si Carranza se hubiera negado a combatir contra los estadounidenses, una vez que éstos hubiesen entrado en México, se habría revelado como instrumento de los Estados Unidos. Y por otra parte, si los hubiese combatido, su alianza con los Estados Unidos se habría destruido.

Aun cuando el pacto entre Carranza y Estados Unidos era fruto de la imaginación de Villa, las consecuencias que el jefe de la revolución del norte se esperaba de su ataque a Columbus se verificaron realmente. México y Estados Unidos se encontraron al borde de una guerra y fue sólo con grandes dificultades que Wilson y Carranza lograron evitar un conflicto abierto. Los Estados Unidos se vieron obligados a retirarse de México a principios de 1917, sin haber logrado su objetivo porque la guerra con Alemania parecía cada vez más inminente. En todo caso, el ataque a Columbus tuvo profundas consecuencias para México. Los Estados Unidos proclamaron un embargo a la venta de armas y de otros productos a México. Hubo también un embargo sobre el comercio de muchos de los productos que México acostumbraba comprar a Estados Unidos. Inmediatamente después de estas medidas, Carranza quedó tan debilitado que no logró derrotar a ninguna de las facciones rebeldes que continuaban las acciones guerrilleras en contra suya: las fuerzas de Zapata en el sur y las de Villa en Chihuahua.

Una segunda consecuencia, más indirecta pero extremadamente importante, fue la radicalización de las posiciones en el movimiento de Carranza. Temiendo un conflicto inminente con los Estados Unidos, los legisladores que estaban discutiendo una nueva constitución para México redactaron, contra las expectativas de Carranza, una serie de cláusulas radicales. El artículo 27 de la Constitución limitaba los derechos de los extranjeros a poseer propiedades en México y declaraba que las haciendas debían ser confiscadas y divididas entre los campesinos. Otro artículo de la Constitución otorgaba a los trabajadores derechos que no habían tenido antes de la revolución: el derecho de formar sindicatos, de agrupación colectiva y de hacer huelga. Los delegados a la Convención Constituyente que habían redactado estos párrafos fueron conminados por Carranza a aceptar una constitución más moderada. Pero se negaron y yo creo que en buena medida esta radicalización de posiciones se debió a la conciencia de que la guerra con Estados Unidos podía estallar de un momento a otro y a que los legisladores debían mostrar al pueblo que la revolución había producido grandes cambios y que valía la pena defenderla.

PREGUNTA: Después del asesinato de Carranza en 1920 y del advenimiento del gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, Villa depuso las armas y, en acuerdo con el nuevo gobierno, se retiró a la Hacienda del

Canutillo en el estado de Durango, donde se dedicó a los trabajos agrícolas hasta su asesinato, ocurrido en 1923 a consecuencia de una emboscada. ¿Cómo juzgar estos años de la vida de Villa?

RESPUESTA: En 1920, después del asesinato de Carranza por parte de algunos de sus hombres, Villa inició una negociación con el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, que junto con Obregón había despojado del poder a Carranza, cuando éste había tratado de imponer a un amigo personal y estrecho colaborador, Ignacio Bonilla, como presidente de México. El nuevo gobierno trató de pacificar al país haciendo concesiones a todos los ejércitos que había todavía en el campo de batalla. Por ello inició tratos con Villa, que estaba dispuesto a pactar con la nueva administración. Uno de los motivos de esta disponibilidad era que Villa, de 1915 en adelante, había venido perdiendo consenso popular hacia su guerrilla contra Carranza. Muchos campesinos de Chihuahua estaban simplemente cansados después de años de guerra y de combates. Otros resentían el hecho de que Villa y su ejército vivían fuera de la región y debían confiscar los productos de los campesinos y sus propiedades. Villa perdía constantemente hombres y, a partir de 1920, comprendió que había llegado el momento de poner fin al estado de guerra, más aún después de que su enemigo mortal Carranza había sido asesinado (Villa no tuvo nada que ver con este asesinato). En este intento, Villa se encontró frente a una serie de problemas muy difíciles: ¿qué sería de los soldados que lo habían seguido y de sus oficiales? Y, un hecho todavía más importante para él, ¿cómo habría podido defenderse de los numerosos enemigos que se había hecho y que esperaban la ocasión propicia para matarlo? El camino más apropiado que encontró fue el de hacerse conceder por el Estado una hacienda, que por una parte le habría permitido tener consigo a muchos de sus hombres y por otra resultaría fácilmente defendible con una escolta adecuada, respecto de una casa en la ciudad.

En esta situación, ¿Villa perdió su conciencia social, convirtiéndose precisamente en un nuevo rico propietario, en un hacendado? No parece que las cosas hayan sido así. Villa se dirigió al presidente Obregón y al gobernador de Chihuahua pidiéndoles que una parte de las tierras expropiadas a los campesinos volviese a los legítimos propietarios y oponiéndose a un proyecto que el más grande terrateniente de Chihuahua, Luis Terrazas, había diseñado con el gobernador de Chihuahua y con los especuladores estadounidenses. Se había formado un sindicato estadounidense para comprar todas las posesiones de Terrazas y fue sólo después de que Villa envió una limpia nota de protesta al presidente Obregón que el gobierno intervino, impidió la venta de las tierras, adquirió las haciendas de Terrazas y las distribuyó, al menos en parte, entre los campesinos. A pesar de ser un hacendado, Villa seguía siendo el portavoz de los campesinos de Chihuahua. Sus hombres vivían como aparceros en su propiedad y no existen pruebas de que estuviesen insatisfechos con la solución.

PRECUNTA: Numerosos hechos y figuras de la revolución han quedado

inmortalizados en la conciencia popular a través del corrido —el canto épico-narrativo que tuvo una gran popularidad durante la revolución—, pero ¿cuánto pesa el mito y la leyenda de Villa como héroe positivo frente a las expectativas de redención social todavía tan difundidas?

RESPUESTA: Aparte de Benito Juárez, Pancho Villa es probablemente la personalidad mejor conocida de la historia del México independiente. Por esto es todavía más impresionante y sorprendente lo poco que se dice sobre Villa en las escuelas y en general en el sistema educativo. No obstante, continúa viviendo en la leyenda y en la historia popular. En buena medida esta popularidad, que ya había obtenido en vida, se debe al hecho de que un gran número de mexicanos se identifica con él. Ha sido la única gran figura de la historia de la nación, con la excepción de Emiliano Zapata, de extracción popular, que con su empeño y con su capacidad se haya convertido en uno de los mayores jefes políticos y militares de México. También es popular por razones muy diferentes: encarna la imagen del macho mexicano. Sus aventuras con las mujeres, sus innumerables matrimonios, su capacidad para disparar mejor que ningún otro, incluso la naturaleza salvaje que a veces mostraba: todos estos son rasgos característicos de una cierta concepción mexicana del machismo. Por otro lado, a Villa no se le puede encuadrar en ningún esquema preciso. Se le puede ver como un señor de la guerra o como un jefe popular. El resultado de todo esto es que grupos sociales opuestos tienden a apropiárselo: los voluntarios mexicanos que lucharon al lado de la República durante la guerra de España llamaron a su unidad "Pancho Villa". Del mismo modo, los grupos fascistas mexicanos que surgieron en el país en los años treinta y mantuvieron estrechas relaciones con los nazis alemanes, se dieron el nombre de *Los dorados*, el mismo de la unidad de élite de Villa que constituía, entre otras cosas, su guardia personal.

Estas contradicciones ideológicas no se detuvieron en las fronteras de México. Por una parte, en los libros estadounidenses de historia Villa es considerado un bandido cuyo único objetivo fue el de atacar la ciudad de Columbus en el estado de Nuevo México. Por la otra, el parque principal de Columbus se llama actualmente Pancho Villa Park y se colocó una estatua de Villa en Tucson, Arizona, antes de que una estatua igual fuese construida en la ciudad donde Villa pasó muchos años y que estuvo más estrechamente identificada con él: Parral, en Chihuahua.

PREGUNTA: ¿Cuáles son, en definitiva, las características de la personalidad de Villa y de su movimiento que se desprenden de tu reconstrucción y cuál es el papel que se le debe atribuir en las vicisitudes de la revolución mexicana?

RESPUESTA: Es obviamente muy difícil resumir mis investigaciones y conclusiones en una entrevista. El movimiento de Villa constituyó en su conjunto una heterogénea coalición de fuerzas sociales que comprendía: colonos ex-militares, peones de hacienda, mineros desocupados, ferrocarrileros radicales, importantes sectores de las clases medias de Chihuahua,

junto con los pastores y las poblaciones marginadas que existían a lo largo de la frontera con los Estados Unidos. Fuera del estado de origen de Villa, Chihuahua, la coalición era todavía más vasta, hasta comprender incluso hacendados como el gobernador de Sonora, José María Maytorena. La vastedad y heterogeneidad de esta coalición ayuda a explicar las grandes victorias de Villa. En la guerra contra Huerta logró juntar estas fuerzas heterogéneas y su personalidad y su habilidad militar fueron suficientes para mantenerlas unidas durante la guerra revolucionaria contra la dictadura militar. Pero una vez que Villa pareció a punto de posesionarse del poder a nivel nacional, las contradicciones entre estas fuerzas salieron a flote y llevaron en buena medida a la parálisis de las reformas sociales de Villa. Aunque tenía el poder suficiente en 1914 para llevar adelante una distribución radical de las tierras, Villa no lo hizo y esto le enajenó el apoyo de los campesinos. Esta ausencia de una reforma agraria inmediata no se debió sólo a su deseo de no provocar fracturas entre las fuerzas que lo sostenían, sino tal vez todavía más a la voluntad de mantener otro tipo de alianza que es extremadamente rara en América Latina: la alianza de un movimiento revolucionario como el de Villa con el gobierno de Estados Unidos, e incluso con algunas grandes compañías financieras de ese país.

Lo que Villa no vio en esta alianza fue su desigualdad, su falta de equilibrio. Villa se volvió cada vez más dependiente de los Estados Unidos: por las armas, las municiones, la comida, las divisas, para abastecer su ejército y al mismo tiempo para sostener su papel moneda. Las empresas de negocios estadounidenses, como un buen número de altos funcionarios del Departamento de Estado, trataron de utilizar esta dependencia para obligar a Villa a aceptar condiciones humillantes de subordinación a los Estados Unidos. Villa no aceptó planes que habrían transformado a México en un protectorado de los Estados Unidos, pero decidió aplazar una reforma agraria radical hasta que le fuese garantizado el reconocimiento de la administración estadounidense. Este aplazamiento de la repartición de la tierra no fue sólo consecuencia directa de sus vínculos con Estados Unidos, sino también una consecuencia indirecta de esta relación. Hasta que Villa pensó que podía vender los productos de las grandes propiedades más allá de las fronteras, obteniendo a cambio armas, no dividió la tierra porque esto habría llevado a muchos de los nuevos propietarios a plantar cereales y grano para autoabastecerse en lugar de producir para el mercado. Como sostuvo uno de los más inteligentes consejeros de Villa, Federico González Garza, esto constituyó una de las causas principales de la derrota de Villa. "Cuando Huerta fue expulsado —sostiene Garza— estábamos de acuerdo en que desde un punto de vista práctico, si hubiésemos sabido conducir una confiscación ordenada, sujeta a reglas precisas, y si hubiésemos tenido una distribución de tierras guiada por un plan inteligente y sin violencia, habríamos creado nuevos intereses en apoyo del nuevo régimen. Esto era lo que la asamblea constitucional había decidido durante el primer período de la Revolución francesa, requisando las tierras

a los nobles y distribuyéndolas inmediatamente, y esto había constituido la base para la resistencia del régimen republicano. No obstante todos los horrores que acompañaron a la Convención, ni el Directorio ni el sucesivo consulado decidieron anular el trabajo de la primera asamblea: no decretaron la restitución de las propiedades confiscadas. Napoleón, aun cuando se convirtió en un monarca, comprendió que para defender su propio poder no debía meter las manos en el trabajo de la República; por el contrario, debía ratificar, confirmar e incorporar en leyes las instituciones que habían sido creadas e implantadas durante el violento período de la revolución. Si queremos crear una estructura sólida no debemos olvidar las lecciones de la historia". (Carta de Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915, contenida en Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1981, pp. 286-7).

El movimiento de Villa suscita un gran número de preguntas y problemas con los que me he enfrentado en varios centenares de páginas. Por ello es difícil resumir algunas de mis conclusiones. Me detendré sobre dos preguntas: ¿cómo podía un hombre como Villa, un ex-bandido, un semianalfabeta, convertirse en jefe de uno de los ejércitos más poderosos y de una de las coaliciones sociales más sólidas de México? Tradicionalmente se responde a esta pregunta de dos formas. La primera es la respuesta preferida de los estadounidenses durante la revolución: Villa era un bandido, la mayoría de las clases inferiores mexicanas tiene una mentalidad de bandido y por ello sus dirigentes no deben sorprender. La segunda respuesta, ofrecida por los historiadores oficiales, es que Villa tenía un gran talento militar y una personalidad carismática. Ambas respuestas dicen muy poco. La primera respuesta se basaba en una ideología de tipo racista en las confrontaciones con los mexicanos. Por encima de todo se debe subrayar que Villa no se comportaba como un bandido cuando tomaba un poblado o conquistaba una ciudad. Un bandido habría permitido a sus hombres saquear, secuestrar y robar a voluntad. Lo que en cambio notaron todos los observadores es que Villa era capaz de mantener la disciplina como ningún otro. En 1913, cuando Villa tomó la ciudad de Torreón, una de las ciudades más florecientes y desarrolladas del México septentrional, el cónsul estadounidense se quedó enormemente sorprendido por la disciplina que Villa mantenía y escribió al Departamento de Estado que en la práctica había ocurrido menos del 5% de los daños que se esperaba.

Existen pocas dudas respecto de que la personalidad, el carisma y el talento militar de Villa tienen mucho que ver con su ascenso al mando de un movimiento poderoso. Ello no obstante hace notar que este talento y esta personalidad carismática ya existían en 1910 cuando se desarrolló la primera fase moderada de la revolución. En ese período Villa se mantuvo, a pesar de su talento, en segundo plano como jefe militar y el

control de Chihuahua fue asumido por las clases medias del estado, personificadas por el gobernador Abraham González. Estas clases medias revolucionarias, honestas y bien intencionadas, bien pronto dejaron de dar su apoyo al Estado cuando se negó a encarar toda reforma agraria y dejó a la oligarquía local, las riquísimas familias Terrazas y Creel, la completa posesión de sus grandes propiedades, de los bancos y de otras pertenencias. Cuando los jefes moderados de la Revolución mexicana fueron eliminados y el gobernador González asesinado, fue claro que su dirigencia había fracasado. Las bases para el mando de Villa no fueron sólo su capacidad militar y su personalidad carismática, sino también su decisión fundamental de ir mucho más allá de lo que la dirección de las clases medias había realizado en la primera fase de la revolución, decidiendo confiscar todas las propiedades de la oligarquía mexicana de Chihuahua. Fueron los recursos provenientes de estas confiscaciones los que fundieron el conjunto de una coalición de fuerzas extremadamente heterogénea: colonos militares, peones, obreros desocupados (sobre todo mineros), ferrocarrileros desocupados, miembros de las clases medias de Chihuahua y también hacendados simpatizantes de otros estados mexicanos, como José María Maytorena. El hecho de que Villa hubiese confiscado las grandes propiedades convenció a los colonos ex-militares de que era sincero en su voluntad ya sea de restituirles las tierras o de dividir las de los grandes terratenientes entre los soldados. Los habitantes de las ciudades de Chihuahua pudieron contar con la adquisición de carne y de otros productos de las grandes propiedades a precios bajos, por la voluntad de Villa de ayudar a los pobres de las áreas urbanas del estado. Además, los pobres tuvieron derecho, según una decisión sin precedentes en México, a comida gratis cuando se vieran reducidos al hambre. La clase media a su vez esperaba acceder, con la victoria de Villa, a nuevas posiciones, ya sea en la estructura burocrática de Chihuahua, o bien en la nacional, y muchos otros esperaban poder comprar a precios bajos las tierras de las haciendas expropiadas.

En otro terreno, las confiscaciones de las propiedades mexicanas por parte de Villa le proporcionaron una cantidad suficiente de recursos para nutrir y equipar a su ejército en los primeros meses de su poder, sin tener que gravar o expropiar las propiedades estadounidenses. Esto creó a su vez la extraña alianza entre Pancho Villa y la administración Wilson. Esta coalición fue extraordinariamente eficaz para combatir a Huerta, pero cuando Villa pareció a un paso del triunfo, los intereses de los diferentes grupos de su coalición comenzaron a disentir de tal forma que de todos modos Villa se quedó paralizado y no pudo llevar adelante ninguna reforma social radical, por el temor de que si lo hubiese hecho, ciertos grupos de su coalición se habrían resentido y lo habrían abandonado. Aplazando una reforma agraria que estaba en su poder, Villa descartó una posibilidad única de cambiar la faz del país.

El éxito más grande de Villa fue la constitución y la dirección de la

División del Norte, uno de los poquísimos ejércitos populares que en América Latina haya derrotado a un ejército regular en batalla abierta. Su mayor herencia es la de una tradición y una leyenda que han convencido a los campesinos mexicanos de poder derrotar al gobierno, aun en circunstancias muy difíciles.

¿Cómo se podría caracterizar mejor el movimiento de Villa? A mi modo de ver, fue un movimiento único por muchos motivos en la historia de México y también único en la historia de América Latina. Las regiones de las cuales surgió —los estados de Chihuahua y Durango—, eran regiones de frontera cuyos campesinos, en su gran mayoría reunidos en colonias militares, habían luchado contra las incursiones apaches durante casi dos siglos. Eran campesinos privilegiados respecto de las poblaciones agrícolas del México central. Los campesinos del norte habían obtenido un grado de autonomía desconocido fuera de sus regiones y, a causa de la gran disponibilidad de tierra, eran mucho más ricos que sus equivalentes del centro del país. Cuando cesaron los ataques indios, estas regiones de frontera fueron políticamente absorbidas por el Estado central y económicamente por los Estados Unidos. La revolución de Villa fue esencialmente un intento de reconquistar la libertad y el bienestar que habían tenido antes de la absorción. No creo que exista un movimiento similar al del México septentrional en el resto de América Latina, fundamentalmente porque las zonas de frontera estaban pobladas y habitadas de distinta forma.

La semejanza más fuerte que he encontrado con la revolución del México septentrional está constituida por las sublevaciones cosacas en Rusia, particularmente la de Yemelan Pugachov. Como sus equivalentes mexicanos, los cosacos de las regiones de frontera de la Rusia meridional, que a diferencia de los campesinos de la Rusia central tenían tierras propias y habían obtenido una cierta autonomía, lucharon desesperadamente contra el proceso de absorción por parte del Estado ruso. Y como en México, trataron de crear una alianza con los campesinos fuera de su región con el fin de derrotar a este Estado. También desde un punto de vista personal, jefes como Pugachov o el otro jefe cosaco que lo precedió, Stenka Razin, tienen una fuerte semejanza con Pancho Villa. La gran diferencia entre la frontera en Rusia y la frontera en México es que esta última estaba situada junto a uno de los más fuertes y poderosos estados industriales del mundo: los Estados Unidos, y que por un cierto tiempo los revolucionarios mexicanos trataron de aliarse con sus vecinos del norte. El estudio de esta alianza y de las razones de su fracaso es importante tanto para la historia de los Estados Unidos como para la de América Latina. El movimiento de Villa constituye sin duda el más grande ejército popular y principalmente campesino que surgió en América Latina. Y ha sido uno de los poquísimos ejércitos que logró destruir un ejército gubernamental invicto a campo abierto. Mientras que otros jefes revolucionarios dejaron documentos y proclamas como sus principales herencias ideológicas, Villa

ha dejado a las generaciones futuras una leyenda que no sólo interesa a los historiadores, sino que ha tenido un impacto profundo en la conciencia de los campesinos mexicanos.

Traducción de Adriana Guadarrama